

regalaba á sus nobles oficiales, ó á algunos de sus soldados que se habian distinguido por medio de alguna señalada accion.

Las mugeres de su serrallo que ya no tenian la fortuna de agradarle, las distribuía tambien como regalos entre sus favoritos. Tales eran á fines de 1519 la ciudad y córte del rey de los aztecas.

La fortuna de Cortés parecia completa; pues habia llegado al centro de la capital de un grande y populoso reino; era tratado por su monarca con las atenciones que ningun mortal habia obtenido hasta entonces; era temido de los pueblos como un ser privilegiado que dispone del rayo y de monstruos tan ligeros como el aire; y tenia bajo sus órdenes á soldados intrépidos y adictos, que nada encontraban imposible: todo debia augurarle muy buena suerte en lo futuro, y su confianza respecto á los acontecimientos sucesivos se apoyaba en los anteriores. Sin embargo, á estos pensamientos consoladores se mezclaban algunas reflexiones menos gratas; pues se veia como encerrado en el centro de una inmensa ciudad, cuya extraña construccion, la disposicion de su terreno y la naturaleza de las vias de comunicacion, le ofrecian tantos medios de defensa; porque cortados los puentes y los caminos, y obstruidas las calles con barricadas, quedaba cogido y preso en el lazo. Los tlascaltecas le habian advertido mas de cien veces, que no se fiase de las palabras de Moctezuma, de sus promesas ni de sus beneficios; y le repetian que era una imprudencia descansar en su fé, manifestando que si habia permitido la entrada de los españoles en la capital, se lo habian aconsejado los sacerdotes para aniquilarlos de un solo golpe; que su amistad y atenciones eran un velo con que cubria sus péfidos designios; y que sus ricos presentes, sus almivaradas palabras y sus consideraciones, semejaban á las flores que ocultan el borde de un precipicio, colocadas allí por algun genio maléfico para atraer al pasajero á su ruina.

Cortés participaba de los mismos temores que sus fieles aliados, y todo le conducia á creer que la expedicion del general mexicano contra los totonecas, por la que Escalante habia perdido la vida, era obra de Moctezuma, ó al menos le habia tolerado. El acontecimiento de Cholula le parecia que acusaba tambien la franqueza del monarca; pues al mismo tiempo sabia por sus espías, que si la masa popular se ocupaba únicamente de sus negocios, ceremonias religiosas y regocijos públicos, los nobles no mostraban la misma indiferencia con respecto á los acontecimientos de su pais, pues entre ellos la irritacion era grande y general. Su aspecto revelaba proyectos hostiles; porque sintiéndose profundamente heridos al contemplar la presencia del extranjero, hablaban sin reserva sobre los medios de expulsarlo, ó acabar con él despues de haberle obstruido todos los caminos de retirada. Los sacerdotes no estaban mejor dispuestos; pues temiendo el fanático celo de Cortés, le señalaban como el enemigo de los dioses, á quienes suponian indigna-

dos de su presencia en aquella régia ciudad. Puestos los ánimos en tal estado, una sola palabra que profiriesen los lábios de Moctezuma, podia llamar á las armas todo el pueblo de la gran capital. Nada de esto ignoraba la viva penetracion de Cortés; pero sus esperanzas se hallaban fundadas en la irresolucion y debilidad del monarca, pues sabia que nadie habia de moverse sin su orden, ni contra su voluntad, única ley del imperio.

Tales datos debieron naturalmente influir en la política del general español, y convencerle de que Moctezuma aunque tal vez péfido, no tenia fuerza de accion por su falta de energia, y menos adicto al honor que á la vida, era un escudo de cuya posesion debia asegurarse. Moctezuma era para él un rehen sagrado, una garantía de la obediencia de todo un pueblo. Considerando por otra parte que poniendo la mano sobre el príncipe, á quien nadie ósaba tocar, y teniéndolo prisionero en su palacio, daba una idea sobrehumana de sí mismo y de sus españoles, se decidió bajo semejantes impresiones á apoderarse de este pobre monarca, para retenerlo prisionero á la vista de los suyos. Sin embargo, creyendo conveniente renir su consejo para someterle un proyecto de que dependia la salvacion del ejército, Cortés convocó inmediatamente á sus oficiales, y les presentó el plan como uno de esos partidos extremos que reprobaba el derecho de gentes, pero que legitima la necesidad. Aunque hablaba á hombres valientes y tan decididos como él, ninguno de ellos poseia la extension de su golpe de ojo, y por lo mismo se dividieron en opiniones: los unos creian que este acto de autoridad era impracticable, y traeria consigo la total ruina de los españoles; los otros se inclinaban á la retirada, calculando que era mas prudente y ventajoso concluir un tratado de alianza con Moctezuma, y despues retirarse á Veracruz; pero la voz de Cortés habia encontrado éco en los corazones de varios oficiales. El ardiente Velazquez de Leon y el temerario Sandoval, sus mejores y mas leales adictos, se mostraron celosos partidarios de la medida propuesta. Cortés la encomió con tanto arte y conviccion, que concluyeron por adoptarla unánimemente.

Si el atrevimiento de tal empresa tiene algo de extravagante, el modo de llevarla á efecto es una nueva gloria para Cortés; pues en ella se conoce toda su prudencia y sagacidad. Juzgando que una grande ostencion de fuerzas, despertaria sospechas é imposibilitaria el resultado, ó al menos seria muy dudoso, se determinó á aventurar un ataque violento para triunfar de su comprometida situacion; pues un golpe de mano ejecutado por algunos hombres, le pareció el solo medio de conseguir su objeto, sin entrar en lucha contra fuerzas cien veces superiores á las suyas. En efecto, eligió cinco de sus mas arrojados oficiales, que fueron Pedro de Alvarado, Gonzalo de Sandoval, Francisco de Lujo, Velazquez de Leon y Alonso Avila, en union de cinco soldados no menos valientes pa-

ra acompañarlo á palacio; y los seguían otros veinticinco soldados escogidos, no como tropa reglada, sino de dos en dos y marchando á intervalos, como si la casualidad dirigiese sus pasos. Todos los diferentes cuerpos de su ejército, españoles y tlascaltecas, se pusieron á las órdenes de Olid y Diego de Ordaz, con espresa orden de hallarse prontos á salir á la primera señal.

Luego que Cortés y su comitiva se presentaron en palacio, fueron introducidos y admitidos á la audiencia del rey, como se tenía costumbre de obrar con los españoles. Los nobles mexicanos se retiraron respetuosamente. La conversacion varió en un principio sobre insignificantes objetos, en la cual se manifestó el rey lleno de benevolencia y atencion para con los españoles, haciendo que todos se sentasen á su presencia, y desplegó su acostumbrada munificencia distribuyéndoles algunas alhajas de oro y plata, é hizo al general el cumplimiento de ofrecerle por esposa á una de sus hijas; pero Cortés rehusó este honor con palabras bastante políticas, escusándose con que siendo casado en Cuba, no le permitía su religion tener dos mugeres; no obstante, admitió á la jóven por compañera con el objeto de volverla cristiana. Otras jóvenes tan nobles como hermosas, que pertenecian al serrallo del monarca, fueron presentadas y ofrecidas por él á los oficiales de Cortés; pero éste, impaciente por llegar al objeto de su visita, cortóbruscamente la conversacion, y con un tono muy diferente del hasta entonces usado, echó en cara al rey con viveza las hostilidades cometidas por el Señor de Nauhtlan contra los españoles, pidiéndole una pública reparacion por la muerte de algunos de sus compañeros, y por el insulto hecho al príncipe de quien eran los enviados. Confundido Moctezuma con esta inesperada acusacion, y cambiando de color á causa de considerarse culpable, ó bien por resentirse de la indignidad con que se le trataba, protestó de su inocencia con palabras sumamente vivas y sentidas, pretendiendo que solo los tlascaltecas podian haber inventado tan atroz calumnia, y porque no quedasen en duda sus buenas intenciones, y como una prueba de su lealtad, encargó en aquel mismo momento á dos de sus correos que fuesen á Nauhtlan, se apoderasen de Quauhpopoca y de cuantos habian tenido parte en los asesinatos de los españoles, y los condujesen de grado ó por fuerza á México. Entregó á los comisionados un anillo que llevaba en el dedo, al que estaba pegada una piedra preciosa que era el selló real, y que tenia esculpido el signo geroglífico del dios de la guerra Huitzilopochtli. La presentacion de este anillo atestiguaba la suprema voluntad del monarca, y era en manos del enviado la prueba de su mision.

Los dos correos partieron al instante, y el rey dijo á Cortés: „¿Qué puedo hacer ahora para acreditaros mi lealtad?“—„Yo no dudo de ella, replicó el general; pero para destruir del espíritu de vuestros súbditos toda idea de que la accion de Nauhtlan es obra vues-

tra, y asegurar al mismo tiempo á mis compañeros de vuestras buenas intenciones, abandonar vuestro domicilio y venid á habitar con nosotros. No habeis de ir allí en clase de prisionero; pues además de que se os servirá como un gran monarca, seréis rey lo mismo que en vuestro suntuoso palacio. Por semejante medio quedará mi soberano enteramente satisfecho, y al sentirse mis soldados llenos de orgullo con tal honor, podrán tener un abrigo bajo la proteccion de vuestra magestad.“ A esta estraña proposicion, tan artificiosamente presentada, el desgraciado rey permaneció largo tiempo sin habla y casi sin movimiento; pero reanimado en seguida por la indignacion, dejó oír con altanería las siguientes palabras: „Es en vano; pues aunque yo consintiera en semejante ignominia, mis súbditos no consentirian en ella.“ Queriendo evitar Cortés los medios violentos, se esforzó alternativamente en emplear los medios de suavidad é intimacion. Ya habian transcurrido tres horas en infructuosas discusiones, haciéndose ya peligrosa cualquiera tardanza sobre el particular, cuando Velazquez de Leon, jóven tan valiente como impetuoso, dirigiéndose á Cortés y esforzando su atronadora voz, exclamó: „¿para qué estamos perdiendo nuestras palabras con este bárbaro? Es preciso que sea nuestro prisionero ó que muera; y si se resiste, voy á hundir mi espada en su corazon. Hoy debemos nosotros asegurar nuestra vida ó perderla todos.“

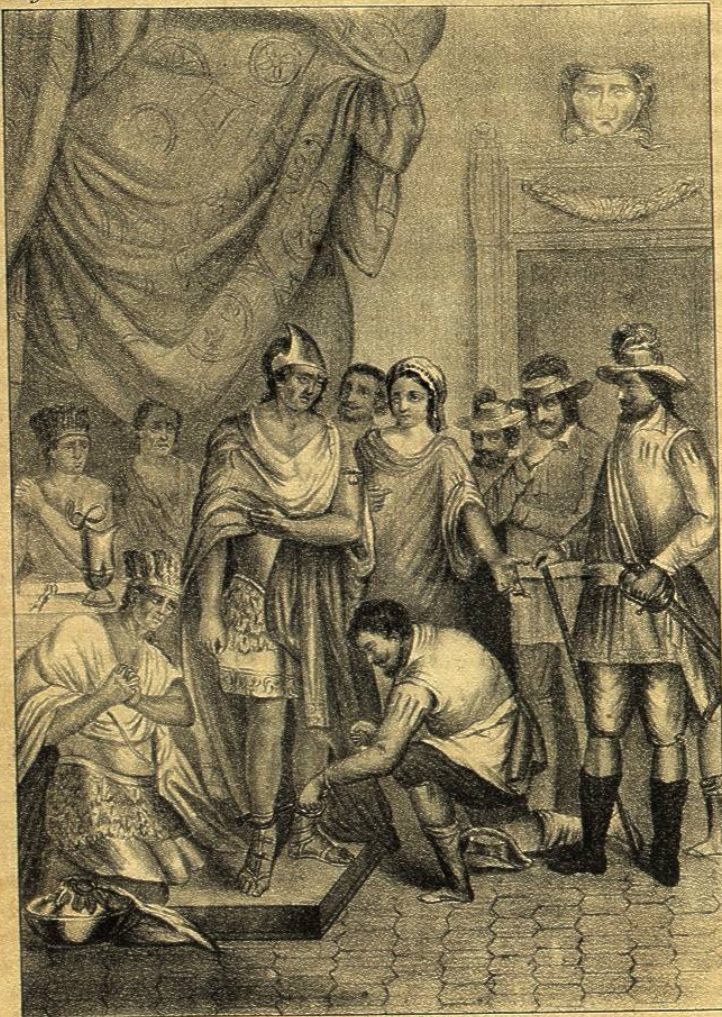
Intimidado el monarca tanto del tono de la voz, como del aspecto amenazador de Velazquez, rogó á Marina que le explicase el discurso de este castellano, y ésta lo hizo con toda la habilidad de un gran diplomático. „Como súbdita vuestra, dijo al rey con aire candoroso é interesante, deseo que no recibais el menor daño; pero como intérprete de estos hombres, conozco su secreto y su carácter. Si accedeis desde luego á sus deseos, os tratarán con honor y con el respeto que los reyes se merecen; pero si persistís en vuestra negativa, vuestra vida se encuentra en inminente peligro, pues ningún escrúpulo tendrán en mataros en el acto.“ Esta explicacion decidió á Moctezuma. Desde la llegada de los españoles se debilitaba de dia en dia su valor. Dominado por las circunstancias y el pánico terror que dirigia todas sus acciones, consideraba que iba á perecer en el momento si no obedecía, y abandonándose á su suerte se puso en manos de los españoles. „A vosotros me confio, les dijo, ya que los dioses así lo quieren.“ En seguida llamó á sus criados, hizo preparar su litera, y se trasladó al cuartel de los atrevidos castellanos con todo el aparato del poder soberano, y bajo la severa custodia de los oficiales de Cortés. Los empleados en su servicio y los señores adictos á su persona, le acompañaron en silencio con las lágrimas en los ojos. Sin embargo, de este dolor mudo no participaba el pueblo; pues el suyo era ruidoso y amenazador, haciendo oír imprecaciones contra los raptos de su rey. De to-

das partes acudia indignado para castigar en los extranjeros el sacrilegio, . . . , y solo Moctezuma podia protegerles á pesar de su situacion. Así lo hizo, fuese á sus ruegos ú obedeciendo á sus amenazas; pues anunció á la muchedumbre exasperada á la vista de tan humillante espectáculo, que se ponía voluntariamente en poder de los españoles, habiendo elegido el lugar de su residencia para establecer en él su córte, y que se proponía pasar algún tiempo con ellos. Estas palabras que fueron dichas con aire de calma y risueño rostro, hicieron que la multitud acostumbrada á respetar la voluntad del rey, se dispersase tranquilamente á sus hogares.

De tal modo se vió un poderoso monarca en medio de su capital y á la luz de un claro dia, arrebatado por un puñado de extranjeros y conducido prisionero sin resistencia y sin combate. Nada presenta la historia de comparable á este acontecimiento, ya sea por la temeridad de la empresa, ya por el resultado de la ejecucion; y si todas las circunstancias extraordinarias del hecho no constasen por los mas auténticos testimonios, parecerian tan extravagantes é increíbles á las generaciones presentes, que ni aun el menor grado de verosimilitud podria admitirse en la formacion de un romance.

*Vida del rey en la prision: suplicio del señor de Nauhtlan: proyectos de insurreccion: prision del rey de Tezcoco y de otros señores: providencias posteriores de Cortés: sumision de Moctezuma y de la nobleza mexicana al rey de Castilla: tesoros reales y su reparticion: culto cristiano en el templo mayor: disgusto de los aztecas (1520).* La vida de Moctezuma en su honrosa prision, era con poca diferencia la misma que observaba en su régio palacio; pues admitia iguales etiquetas y el mismo ceremonial. Sus ministros, sus cortesanos y los principales señores de su nobleza, iban á trabajar con él ó á hacerle la córte como de costumbre. Le sometian los negocios del estado como en los dias de su independencia; su mesa era servida con el mismo aparato, igual magnificencia é idénticas prodigalidades; y él por su parte conservaba religiosamente las tradiciones de la corona; pero en vez de dar á sus súbditos los restos de su espléndida mesa, los distribuía entonces entre los soldados españoles.

Muy pronto se conformó con su triste situacion. No mostrando desagrado con su nuevo género de vida, llegó á serle plácida la sociedad de sus guardianes, y se aficionó particularmente á aquellos españoles que le parecieron distinguirse por su nacimiento, modales, talentos y cualidades del espíritu. Pero preferia con mucha particularidad á Cortés y á Pedro de Alvarado, notable por las gracias de su persona, suma habilidad en los ejercicios y por lo festivo de su genio. Le gustaba jugar con ellos á cierto juego llamado bodoque, y á fin de hacer alarde de su liberalidad como lo tenia de costumbre, distribuía al instante sus ganancias entre los soldados españoles. Cortés tenia gran cuidado en que su ilustre pri-



Lit. de M. Murguía y C.ª

Prision de Moctezuma

sionero fuese tratado con el mas profundo respeto, y se le vió en cierta ocasion castigar con bastante severidad á un soldado que habia hablado del rey con poco decoro. No solo estudiaba los medios de suavizar el destino del monarca, sino de hacerle agradable su permanencia en él. De dia en dia se aumentaba su influencia en el espíritu del abatido rey, y los que no hubiesen visto á Moctezuma en todo su poderoso esplendor, apenas le hubieran reconocido como un desgraciado prisionero. El general permitia al pobre príncipe visitar sus templos, sus casas de campo y sus hermosos jardines de Chapultepec. Le dejaba ir á caza y á pasear dentro de su real canoa sobre el lago; pero en todas estas expediciones era acompañado por soldados y oficiales españoles, que no le perdian de vista ni un solo instante.

Este estado de cosas que daba á conocer la resignación por una parte, y por la otra una piedad respetuosa é interesada, fué turbado por un acontecimiento que no solo acibaró la situacion de Moctezuma, sino que tambien dilató el círculo de sus humillaciones. Ya habian transcurrido quince dias desde su arresto, cuando se anunció la llegada del general mexicano que habia batido á los españoles en Veracruz, el cual apenas recibió la órden de su respetable señor, se puso á disposicion de los enviados aztecas, y éstos lo condujeron en union de su hijo y de otros muchos señores del pais, complicados en la misma causa, hasta la gran ciudad de Tenochtitlan.

El general Quauhpopoca, llevado en una magnífica litera, se presentó al rey con toda la confianza de un servidor fiel y celoso, que habiendo llenado su deber con bastante exactitud, espera de su monarca una justa retribucion ó al menos algunos elogios merecidos; pero vió por el contrario, que Moctezuma lo recibia con todas las muestras de la mayor indignacion, entregándolo á Cortés para que fuese juzgado y sentenciado como traidor. Habiendo sido interrogado Quauhpopoca al principio, y amenazado despues con el tormento, declaró haber obrado en virtud de órdenes de su monarca; mas esta confesion no salvó la vida al desgraciado general, pues él y tres de sus oficiales fueron condenados á ser quemados vivos en la plaza que estaba enfrente del palacio.

El mismo Cortés anunció esta cruel sentencia á Moctezuma, añadiendo: „Vos deberiais ser castigado como el autor del crimen; pero vuestra conducta para conmigo en estos últimos tiempos, aunque me aconseja la indulgencia hasta cierto punto, no por eso vuestra complicidad puede quedar impune.” A estas palabras se presentó un soldado español con unos grillos en la mano, á quien ordenó Cortés que los pusiese en los tobillos del monarca. Penetrado éste de que su persona era sagrada é inviolable, quedó mudo de horror á la vista de semejante ultraje, que consideró como el prelude de su cercana muerte. Por último, su dolor le hizo prorumpir en

un sentido y amargo llanto, que secundaron los señores y su servidumbre que se hallaban presentes. Algunos cortesanos le consolaban, puestos de rodillas como ante una divinidad ultrajada; otros levantaban las cadenas para aliviarle de su peso; y mientras estas cosas pasaban en la estancia del monarca, otro acto más inhumano todavía se perpetraba delante del palacio real: pues allí fueron conducidos los otros tres sentenciados. Una inmensa hoguera dispuesta para su suplicio, se elevaba en medio de la plaza concurrida por muchos millares de indios, inmóviles y estúpidos espectadores de la atroz venganza de los españoles; y esta hoguera, sobre la que se hizo subir al general y sus oficiales, estaba formada de todas las armas que se hallaban en los arsenales del rey para la defensa pública. Las llamas consumieron en un momento á estos infelices, y ni una sola voz se levantó contra sus verdugos.

Al terminarse tan horrible como inmerecida ejecución, el general español pasó á ver á Moctezuma, seguido de Alvarado y otros oficiales, y acercándosele con aire de bondad y cariño, le quitó apresuradamente y con sus propias manos, los grillos que poco antes le habia mandado poner, diciéndole que todo estaba ya olvidado, y que su respeto y adhesión por su persona no tenían límites. El emperador Moctezuma, que en un principio habia mostrado una excesiva debilidad, indigna de un hombre, pareció aun menos hombre en esta ocasión; pues desde el más alto grado de su desesperado ánimo, pasó á los más bajos trasportes de ruín agradecimiento, prodigando á su enemigo infinitas gracias, y no se avergonzó de dirigir profusamente halagüeñas lisonjas, á quien acababa de hacerle sufrir tamaña humillación, y de ultrajar á todo un gran pueblo en su persona.

Muy pronto tomaron las cosas su acostumbrado aspecto. Moctezuma fué para los españoles un maniquí, teniendo con su arresto una porción de millones de hombres en la inacción; y si hubiesen tenido tanta prudencia como fortuna, el imperio mexicano hubiera sido suyo sin disparar un tiro. Pero otro desenlace se reservaba á este drama. Sus actores debían conservar el mismo carácter hasta el fin; pues cada uno de ellos, teniendo que representar el papel que la Providencia le habia designado, debía dar al mundo un trágico y grandioso espectáculo.

El insolente orgullo de los españoles, unido á las cobardes condescendencias de Moctezuma, no podían detener el rápido curso de los sucesos. Queriendo Cortés hacer un ensayo del ascendiente que ejercía sobre el rey indio, le propuso volver á su palacio sin guardias y con toda libertad; pero este ofrecimiento que el astuto político le hacia, casi con la certeza de una negativa, no fué aceptado por Moctezuma, prestando para darse importancia con los españoles, de que los dejaba expuestos con su retirada á los malos tratamientos del pueblo, al odio de los sacerdotes y á la venganza

de los nobles; y en verdad que los últimos, mejores ciudadanos que su moharca, miraban con indignación el envilecimiento en que habia caído, ardiendo en deseos de sacudir el yugo de los extranjeros.

Entre los grandes del imperio, el rey de Tezcoco, sobrino de Moctezuma, era el que se mostraba más hostil á los españoles. No tuvo dificultad de proponer á sus vasallos una declaración de guerra, pensamiento patriótico que aplaudieron, y este movimiento de espíritu nacional inquietaba vivamente á Cortés; porque temía que se extendiese por las provincias vecinas á la capital. Sabía perfectamente que entre gentes tímidas y oprimidas, las reacciones están siempre en razón de su anterior apatía, y que la violencia de los odios se encuentra generalmente en relación con la gravedad de las ofensas recibidas. Lejos de seguir el joven príncipe el ejemplo y los consejos de su tío, consideraba á los españoles como enemigos del país, y no queriendo ser por más tiempo el juguete de ellos, porque tampoco temía á la superioridad de sus armas, les intimó que emprendiesen al momento el camino para su tierra, á menos que prefiriesen arrostrar la tormenta que de todas partes iba á caer sobre sus cabezas. A tal lenguaje en un hombre respetado por sus prendas personales é intrepidez, el orgullo español habria procedido inmediatamente á refrenarlo, y cuando ya se preparaba Cortés á marchar contra el enemigo de Acolhuacan, los prudentes avisos de Moctezuma le disuadieron de la empresa, manifestándole los peligros á que se exponía atacando una plaza tan fuerte y bien defendida como Tezcoco, segunda ciudad de todo el Anáhuac. El monarca invitó á su sobrino á que fuese á verle so pretexto de reconciliarlo con los españoles; pero este lazo era demasiado grosero para que el príncipe cayese en él. El valiente Cacama no solo se movió de esta pueril extratagema, sino que echó en cara á su tío el interés que se tomaba por los españoles, declarándole que no quería entrar en México sino para aniquilarlos.

El emperador Moctezuma, cuyo enérgico carácter se empleaba solamente contra los que defendían sus derechos y la independencia del país, se apresuró á poner en ejercicio los restos de su autoridad para castigar al joven príncipe de Tezcoco. Habiendo enviado secretamente algunos emisarios de su confianza á aquella ciudad, donde habia otros muchos señores tezcocanos que recibían salario de la corte azteca, todos se propusieron apoderarse de él por cualquier medio que se les viniese á las manos. En efecto, instigado Cacama por estos infieles á tener una conferencia sobre la proyectada invasión, consintió en reunirse con ellos en cierta villa que se hallaba á orillas del lago de Tezcoco; pero en los momentos de encontrarse en la mitad de la conferencia, los conspiradores se hicieron dueños de la persona del príncipe, lo enviaron á México y lo entregaron á la disposición de Cortés, quien lo mandó poner preso y nombró en su lugar á Cuitcuitzatzin, de quien dijimos sa-

llo á recibirle y reclamar su proteccion á su entrada en Tezcoco. Este negocio, cuyo resultado podia causar la ruina de los españoles, sirvió por el contrario para consolidar su dominacion, dándoles por aliado el mas poderoso feudatario del reino. Cortés se apoderó sucesivamente de algunos otros gefes de distritos cercanos á la capital, en particular de los dos hermanos de Moctezuma, del señor de Tlatelolco, gran sacerdote de México, y de otros eminentes feudatarios del imperio. Los hacia arrestar uno despues de otro, á medida que llegaban á la córte á visitar al rey prisionero. El mismo sistema siguió respecto de los principales oficiales y de los empleados civiles y militares; pues habiendo pedido el despojo de los que conservaban algunos sentimientos de independenciam, los hizo reemplazar por hombres ambiciosos y sin patriotismo; pero de cuyo apoyo podia servirse en favor de sus proyectos de conquista.

Libre ya de inquietudes con relacion á sus enemigos, puesto que reinaba bajo el nombre de Moctezuma, utilizó las ventajas de su posicion para explorar el pais, mandando reconocer los diferentes puntos del imperio por algunos españoles, á quienes acompañaban cierto número de mexicanos con el encargo de servirles de guías y defensores. Ellos recorrieron una parte de las provincias hasta mas de ochenta leguas de la capital, observando los terrenos y sus productos, tomando noticias de todos los puntos en que pudieran formarse colonias y fortificarse, yendo sobretodo en busca de minas de oro y plata, y anotando muy exactamente los sitios donde se recogia el oro por medio del lavado de las arenas de los rios. Seria muy difícil tomar de las cartas de Cortés una idea exacta de los puntos que visitaron los españoles comisionados; porque están tan desfigurados los nombres de los lugares, que á menudo se hace imposible su identidad. No obstante, hallamos en esta parte de su correspondencia un hecho muy curioso, el cual prueba que los mexicanos ó aztecas no eran extrangeros, como ya lo hemos dicho, segun procede de la cartografia. Ansioso Cortés de averiguar si en la costa que rodea el golfo de México, habia algunas radas, ensenadas, bahías ó anchas embocaduras de rios, en donde pudiesen anclar con seguridad las embarcaciones procedentes de las islas ó de Europa, se apersonó al efecto con el emperador Moctezuma, quien le prometió hacerle dibujar toda la costa, y darle guías que acompañasen á los españoles encargados de este exámen. Esta promesa se cumplió inmediatamente; pues se remitió á Cortés una carta trazada sobre una especie de tela de algodón, y la explicacion de los comisionados confirmó las indicaciones de los delineadores en la mayor parte de los puntos.

Los españoles siguieron la orilla marítima, partiendo del puerto de San Juan de Ulúa en el que Cortés habia desembarcado, hasta mas de sesenta leguas de allí; y encontraron por último, en conformidad de lo trazado en la carta, un ancho rio que desembocaba en

el mar. En su embocadura tenia dos brazas y media de profundidad. Se remontaron por espacio de doce leguas, en canoas que les proporcionó el gobernador de la provincia; y no solo adquirieron noticias sobre su curso superior, sino tambien acerca del pais que atravesaba en su corriente, el cual era llano, muy poblado, bastante fértil, y producía todas las cosas necesarias á la vida. Los habitantes de aquella provincia no eran súbditos de Moctezuma, sino por el contrario, sus mayores y mas constantes enemigos. Aunque su gefe permitió la entrada en ella á los españoles, la prohibió expresamente para los que componian la escolta mexicana; pues habiendo oido hablar de Cortés á los habitantes de Pontonchan sus amigos, no tardó en enviarle una embajada para reclamar su alianza y reconocerse su tributario. El rio conserva todavia el nombre de Goatzacualeo.

Tal disposicion en los espíritus de los pueblos vecinos, prenda de seguridad para Cortés, no le impidió fijar el pensamiento en sus dias de peligro; pues contemplando de cerca la comprometida situacion de su ejército, se propuso hacerse dueño del lago para asegurar su retirada, dado el caso de que los mexicanos, cansados ya de su ignominioso yugo, quisiesen tomar las armas y romper los puentes y calzadas. Todavía Moctezuma acudió en apoyo de este proyecto; pues habiéndole hablado Cortés de la marina europea y del maravilloso arte de la navegacion, le hizo nacer el deseo de ver estos palacios ambulantes, que sin el socorro de los remos, marchan sobre las aguas á determinadas direcciones. Cortés le prometió procurarle la contemplacion de este grandioso espectáculo, siempre que mandase trasportar á México una parte de los aparejos de su flota, que se hallaban depositados en Veracruz, como tambien emplear algunos de los suyos en cortar y preparar las maderas necesarias. El rey dió al instante sus órdenes para la ejecucion; y habiéndose traído los materiales con increíble celeridad, los carpinteros españoles construyeron en poco tiempo dos bergantines, que fueron un frívolo pasatiempo para el monarca prisionero, y para Cortés un seguro recurso en cualquier acontecimiento desgraciado.

El orgullo de Cortés se lisongeó con las continuas pruebas que le daba Moctezuma de su vergonzosa sumision á todos sus antojos, y creyendo que la autoridad española estaba sólidamente sentada en el pais, tentó el fuerte resorte de proponer á su prisionero que se reconociese vasallo y tributario del rey de Castilla, como á descendiente directo del buen Quetzalcoatl, misterioso monarca del antiguo Anáhuac. Moctezuma se sometió tambien á este degradante sacrificio; pues habiendo reunido su nobleza con este objeto, se presentó á su vista sentado en el mismo trono que habian ocupado dignamente sus abuelos, mostrando en su semblante el abatido aspecto de un rey que hace el último papel de una forzada abdicacion, y habló á los caciques de las antiguas tradiciones del pais; recono-

ció á los españoles como el pueblo que aquellas designaban, y vió en el rey de España el legítimo representante de aquel monarca legislador del viejo México; en seguida les contó los fenómenos observados en el cielo, como también las interpretaciones de todo el cuerpo sacerdotal, cuyos miembros estaban de acuerdo en reconocer que habían llegado los tiempos marcados para el cumplimiento de tan gran suceso, concluyendo por declarar que se reconocía vasallo y tributario del rey de Castilla; pero al pronunciar las últimas palabras de esta breve alocucion, su debilitada voz espiró entre los sofocados sollozos de un profundo sentimiento. No fué menos vivo el dolor de su noble auditorio; pues triste, silencioso é indignado en presencia de tamaña ignominia, solo le contenía el respeto por la magestad real. En fin, el mas antiguo de los gefes tomó la palabra y dijo: „Príncipe, nos anunciáis que los dioses os ordenan „la abdicacion del trono, haciéndonos súbditos de otro dueño, y como última prueba de nuestra obediencia, nos sometemos al mandato que los dioses nos imponen por vuestra boca.”

A consecuencia de este acto de vasallage, Cortés reclamó de Moctezuma como resultado de su nueva posicion, cierto tributo en oro y plata para remitirlo al monarca de Castilla. El príncipe azteca con una munificencia verdaderamente real, le abandonó el tesoro del rey su padre, que conservaba en el mismo palacio donde permanecía alojado Cortés. El valor de este tesoro, segun el entendido anotador de la excelente historia de Prescott, ascendía á tres millones cuatrocientos sesenta mil pesos; pero si se agrega alguna cosa mas por lo que tomaron y escondieron los capitanes de Cortés, podrian llegar á la enorme suma de tres millones y medio de pesos. Se separó primeramente la parte del rey de España, y el resto se repartió proporcionalmente entre el general en gefe, sus oficiales y soldados.

Nada hasta aquí habia turbado la asombrosa prosperidad de los españoles, toda la provincia de México les parecia tranquila; pero no estaban lejos los días de su adversidad. En fin, la Providencia iba á hacerles comprar la posesion de aquella dilatada comarca, por medio de una lucha encarnizada y sangrienta. El emperador Moctezuma, que se habia prestado tan fácilmente á todas las exigencias de Cortés, mostraba bastante firmeza en cuanto á la religion de sus padres. Sin atencion á los ruegos y sin miedo á las amenazas, rechazaba toda proposicion que tendiese á cambiar de culto, con la inflexibilidad de un hombre profundamente convencido de las creencias que profesaba. La supersticion estaba intensamente grabada en el corazon de los mexicanos. Su religion establecida sobre un sistema completo y regular, en nada se asemejaba al de los pueblos groseros de las otras regiones de la América del Norte, ó al de las diferentes del archipiélago de las Antillas. Estos últimos abandonaban fácilmente un corto número de nocio-

nes y ceremonias religiosas, demasiado fijas y arbitrarias para merecer el nombre de religion nacional; pero los mexicanos estaban obstinadamente apasionados á su culto por bárbaro que fuese, porque iba acompañado de una solemnidad y una práctica tan regularizada, que lo hacian muy respetable á sus ojos.

Hacia el quinto ó sexto mes de la ocupacion de Cortés, fué cuando llevado de uno de aquellos accesos de celo religioso, del que tantas veces le hemos visto dar un triste espectáculo, se introdujo en el santuario del gran templo, y haciendo romper los ídolos de los dioses mexicanos, los reemplazó por un crucifijo y las imágenes de la Virgen y de los santos. Ya hacia tiempo que habia construido una capilla en el interior de su cuartel, en la que se celebraba diariamente el sacrificio de la misa. En su patio, y á la vista de todo el mundo, habia mandado elevar una gran cruz, como las usadas en las misiones, y de continuo aprovechaba los momentos de insultar los símbolos que reverenciaba el culto mexicano. Estos diversos actos de un fanatismo impolítico por demás, y las vejaciones que tenian que soportar las principales habitantes, dieron por resultado la concentracion del odio, y la oposicion de los sacerdotes y la nobleza, verdaderos patriotas del antiguo México. El descontento habia llegado á su colmo, pues parecia que los habitantes iban despertando de un profundo letargo. Los malcontentos se agrupaban al rededor de los grandes del reino que habian sido desposeídos de sus empleos, y los gefes militares de algun valor, avergonzados del envilecimiento de su patria y soberano, movian los medios de resistencia en secretos conciliábulos; pues se organizaba una vasta conspiracion contra la tiranía del extranjero, no solo en la capital, sino en la mayor parte de las poblaciones mas importantes de las cercanías. Diferentes entrevistas y conferencias diestramente manejadas, tenian lugar entre Moctezuma y los personajes mas distinguidos del imperio. Nada dejaban de hacer para infundirle alguna energía. Le recordaban sin cesar su pasada grandeza y actual abatimiento, y no le ocultaban sus proyectos hostiles y sus medios de accion. Los sacerdotes le visitaban á su vez como á un prisionero en los hierros, se valian de sus terrores religiosos, y á fin de hacer triunfar el interés de la independenciam del país, le repetian de continuo que los dioses demandaban la sangre de los españoles. Sin embargo, estos hombres prudentes y políticos impedían las demostraciones hostiles, que en aquel estado de cosas hubiera causado sin remedio la muerte de Moctezuma. Por esta consideracion se resolvió promover ante todo las vias de la negociacion, tomándose de este modo tiempo para organizar la resistencia y obrar de consuno.

Moctezuma invitó á Cortés para una sesion particular; pero éste no ignoraba el motivo de ella, no solo porque su policia se practicaba bien, sino tambien porque Marina la dirigia con suma destre-